EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM. 12359

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

Redacción y Administración Mayor, 24

LUNES 12 DE ENERO DE 1903

CONDICIONES

El pago es siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LOCURAS

El sábado se cometió en Madrid un atentado, no se sabe si contra el rey ó uno de sus servidores. Lo que se sabe, ó se sospecha, es que el agresor es un loco.

Volvía la corte de la salve, y al entrar en Palacio una de las carrozas en que iba la servidumbre, se destacó de un grupo de curiosos un sujeto, apuntó é hizo un disparo, que por fortuna no hirió á nadie.

¿Qué quién es el agresor? Un José Collar, regresado de la Argentina, separado de su mujer porque á ruegos de ésta se le encerró en un manicomio. Resentido con el Duque de Sotomayor porque le oponía dificultades para recibirlo como sirviente de Palacio, concibió el propósito de darle muerte, y lo hubiera realizado á tener ojo más certero y si aquél fuera á la salve en vez de ir á la estación á recibir á su esposa. La locura, indudablemente, hizo ver á José Collar un enemigo donde no había más que personas indiferentes, á las que no conocía.

Que es un loco no hay que dudarlo; lo demuestran los papeles que tenía en su domicilio. En vez de encontrarse en él periódicos y cartas anarquistas, como se hubiesen encontrado si la agresión respondiera á un complot del partido de la propaganda por el hecho, se han hallado memoriales dirigidos al Czar de Rusia, al emperador de Alemania, al presidente de la república francesa y unos volantes de la mayordomía de Palacio que convienen con la declaración del delincuente.

El suceso promovió la expectación natural. Un disparo hecho contra los acompañantes del rey, deja siempre en el ánimo la duda de si sería hecho contra la persona del rey mismo; y solo cuando las pruebas ponen de manifiesto lo contrario acaba la expectación, despojando al suceso de su mayor gravedad y dejándolo reducido á sus naturales proporciones.

El acto realizado por el demente José Collar es sólo la obra de un loco; mas, ¿por qué ocurren esas cosas? Porque dando pruebas de una haraganería extraordinaria que nos hace olvidar hasta el instinto de conservación permitimos que los locos vivan revueltos con los sanos, en vez de atenderlos para devolverles, si es posible, la salud, en los sitios destinados á los que enferman de juicio.

El suceso que ha conmovido á Madrid es lo resultado de ese descuido, de esa indiferencia, de esa tolerancia censurable con que autoridades y vecinos ven discurrir por la vía pública hombres y mujeres que debían vivir encerrados y sometidos á los médicos.

—Son maniáticos—se dice—y no se meten con nadie; pero un día se enfurecen y echan mano á la pistola para disparar contra el rey ó desenvainan el cuchillo amenazando matar á cuantos por su lado pasan, como ocurrió en esta ciudad el viernes en la plaza de Santa Catalina.

También era un loco: éste tenía perturbado el cerebro. Sus manías no eran ofensivas; pero el viernes pudieron producir desgracias numerosas.

De muchos de esos infelices no se sabe que lo están, mas lo saben sus parientes, sus vecinos. Alguna vez son denunciados, pero por una caridad mal entendida, que puede irrogar perjuicios incalculables, se les deja discurrir sin vigilancia, abandonados á su mal y exponiendo á los que no los conocen. Cuando ocurre una desgracia, con decir: era un loco, queda todo explicado; pero no se registrarían esas locuras si no hubiese locos curiosos que nada hacen por evitarlas.

TIJERETAZOS

Eso de Fez.... está oscuro y huele á queso.

Cuando parecía que el cielo político del imperio marroquí estaba limpio de nubes, lo ha cubierto un nubarrón que amenaza... Dios sabe lo que amenaza.

Lo que fuere sonará.

Por lo pronto encontramos en la prensa esta noticia:

«La legación inglesa ha ordenado al vicecónsul de Fez que las mujeres abandonen enseguida la capital.

Los hombres lo harán en el momento que lo crean oportuno.»

Pues entonces enseguida.

Porque no sería cuerdo que las mujeres se fueran solas habiendo en el camino que han de pasar tantos moros.

Lo dicho; eso del imperio marroquí está oscuro y huele á queso.

***

La orden de la legación inglesa nos abisma en un mar de confusiones.

¿Cuál es el enemigo que amenaza?

¿El sultán que en su deseo de congraciarse con sus súbditos va á ofrecerles una merienda de europeos?

¿El príncipe del ojo ausente que prepara una encerrona para alzarse con el trono y dar tute á los cristianos?

¿El Roghi que se prepara á no dejar tosa en su sitio enseguida que entre en Fez?

Cualquiera encuentra explicación á ese lío.

***

Lo único que se ve claro es que el hermano del Sultán no es un ser inofensivo y se le vigila mucho.

Los moros, más arrimados á la cola, es decir los que consideran la civilización una vergüenza, le dan vivas, le hacen palmas y le acompañan por doquier otacionándole.

Ese Muhamed es muy listo.

Lo que habrá dicho el muy cazurro:

—Este mi querido hermano me volverá á la prisión cuando pase esta trifulca. Pues me levanto con el santo y la limosna.

***

No, no debe ser cosa de broma lo que pasa por allá.

Cuando el Sultán tiene miedo de buscar al pretendiente y de Tetuán piden á Tánger socorro y se aproximan á las puertas del litoral español tropas para aumentar las guarniciones de nuestros pueblos africanos, algo hay que temer.

Pero cualquiera se orienta con el farragoso de telegramas que sirve la información.

Lo único que de ello se deduce es que hace un miedo!...

La higiene pública en Cartagena

Costumbre demasiado esparcida entre los españoles es el hablar ó escribir de todo entiéndase ó no el asunto de que se trata. Así vemos con harta frecuencia los múltiples errores y desconcertados apasionamientos en que incurren los que pretenden tratar de cuestiones tan de suyo complicadas como son todas aquellas que á la salud pública se refieren; y cuando erróneamente ó maliciosamente se permiten determinadas insinuaciones sofísticas ó hiperbólicas por que les carecen en absoluto de cultura sanitaria es un deber el encauzar la opinión con los serios argumentos de la ciencia, vulgarizando sus prescripciones y esto es el objeto que nos proponemos al tratar hoy de lo que se ha dado en llamar impropiamente epidemia de viruela.

Niego rotundamente que exista en nuestro pueblo esa epidemia indígena con caracteres de tal, pues el número de invasiones no ha excedido ningún mes de 300 ni ha llegado el de defunciones á treinta y esto con relación á 103.000 almas que, según el último censo, tiene este término municipal, desvirtúa por completo la especie propalada.

Existe la viruela en Cartagena desde Abril último con exacerbaciones sin que su intensidad ni su virulencia sean de tal índole que den motivos á difundir la alarma como si se tratara de una devastadora é insaciable epidemia.

Esto no obstante es muy lamentable que siendo la viruela una enfermedad tan contagiosa como evitable tome carta de naturaleza entre nosotros y no haya podido extinguirse en ocho meses—y á este humanitario fin deben dirigirse los esfuerzos de las clases directoras de la sociedad y la propaganda de la ilustrada clase médica y prensa local.

Nada sería más fácil que extinguir el germen de la enfermedad: bastaría vacunar á todos los habitantes de este término cada seis años, para que el germen no pudiera desarrollarse ni menos propagarse, puesto que todos los organismos estarían inmunes. Para conseguirlo se necesita una activa propaganda, valiéndose de todos los medios de persuasión posibles, y ya que tenemos un celoso Ayuntamiento que no omite medio para propagar la vacuna diariamente á todas las clases sociales, preciso es llevar al convencimiento del público, bajo que la viruela no la padece el que está convenientemente vacunado, y obligar por medios indirectos á que esta operación se practique en las familias periódicamente y con la mayor comodidad posible.

Que todos los médicos nos constituyamos en heraldos de la higiene familiar, que aconsejemos á pobres y á ricos la vacunación, que pongamos de manifiesto uno y otro día, que la obra más eficaz y humanitaria de la higiene moderna es la desinfección. Que los profesores de medicina, maestros de maestros, puedan influir en el ánimo de muchos individuos, hagan comprender á estos la necesidad de que se vacunen, que los jefes de familia ejerzan su influencia en el ánimo de su servidumbre y deudos, desvirtuando todos la añeja y absurda preocupación de que cuando existe la viruela no deben vacunarse, y seguramente en poco tiempo habremos conseguido nuestros propósitos.

Un hecho práctico podremos exponer á

Probad el Licororo de HENRI GARNIER y C.

VII

El enemigo, en efecto, había emplazado su batería en el sitio reconocido por sus jinetes tártaros, y á cada veinte ó treinta minutos lanzaba una granada contra nuestros cazadores. Dióse orden de que mi batería avanzase por el claro del bosque y contestara al fuego enemigo. Allá abajo, en el undero de espiél, se veía una columna de humo, se oía una detonación, un silvido, y la granada caía delante ó detrás de nosotros. Por suerte, el enemigo hacía mal la puntería, y no teníamos que lamentar bajas.

encontraba ayer. Cuando el sargento primero me comunicó el aviso de que mi compañía formaba parte de la columna, me puse blanco como un papel y la emoción no me dejó proferir una palabra. ¡Si supiéseis que noche he pasado! Si fuese verdad que el miedo hace encanecer el cabello, el mío debía estar enteramente blanco. Es muy probable que ningún condenado á muerte sufra en la última noche lo que yo he sufrido en la pasada. Todavía en este instante, aunque me siento algo mejor que anoche, pasa algo aquí dentro—añadió señalando al pecho. Lo que es ridículo—siguió diciendo—es que apesar del terrible drama que aquí se presenta, se coma guisado con cebolla y se asegure que se divierte uno muchísimo. ¿Hay vino, Nikolaiev?—dijo bostezando.

—Sí, es hermano—se oyó decir en aquel instante á un soldado con acento entusiasta.

Todas las miradas se dirigieron hacia la linde del bosque.

A lo lejos, extendida y empujada por el viento, se levantaba una columna azulada de humo. Cuando comprendí que era un cañonazo que el enemigo nos había disparado, todo lo que se hallaba al alcance de mi vista adquirió de pronto un carácter de grandiosidad nueva; y los fusiles en pabellones, el humo de las hogueras, el azul del cielo, el verde de la cubeba, el rostro curtido y bigotudo de Nizolaiev, todo me pa